

CAPÍTULO XIII

(1526)

Cortés sigue su marcha para las Hibueras — Llegada de la expedición á la antigua villa de San Gil de Buenavista. — Estado de la villa y de sus habitantes. — Cortés ordena la despoblación del lugar. — Marcha una parte de la expedición por tierra con Gonzalo de Sandoval. — Cortés emprende la navegación por el golfo dulce. — Encuentra provisiones y vuelve á San Gil — Sale Cortés de San Gil con todos los vecinos — Llega al puerto de Caballos. — Va á Trujillo. — Fundación de Trujillo por orden de Francisco de Las Casas — El teniente de Las Casas roba los equipajes de los que iban á poblar á Trujillo. — Asíentase la población. — Llega el bachiller Pedro Moreno comisionado por la Audiencia. — Niégase á socorrer á los de Trujillo. — Ruano es nombrado teniente de la villa. — El bachiller Moreno se embarca llevando muchos indios herrados. — Ruano es depuesto y enviado á la isla Española. — Recibe Cortés noticia de las perturbaciones de México. — Emprende tres veces el viaje á Nueva España sin poder llevarle á efecto. — Gonzalo de Sandoval tiene empeño en que Cortés regrese á Nueva España. — Envía Cortés á México á su criado Martín Dorantes. — Llega á Trujillo comisionado por los franciscanos de México fray Diego de Altamirano — Embárcase Cortés para la Nueva España. — Una tormenta le obliga á refugiarse en la Habana. — Ligeras consideraciones sobre la expedición de las Hibueras.

La marcha de Cortés á las Hibueras sólo puede referirse siguiéndole en su carta de relación al rey, aunque tropezando con dos dificultades: la primera, es lo mucho que se divaga en pormenores, defecto natural de quien escribe propios hechos con interés de presentarlos grandes, y la segunda, la poca seguridad que hay en la exactitud de los nombres propios de poblaciones y personas que á cada paso escribe completamente desfigurados.

Salió el Conquistador de la provincia de Acúllan enviando como descubierta á cuatro españoles con dos guías y en busca de Quiatteo ó Mazatcán, adonde, según las noticias que tenía, podría encontrar poblado para descanso de sus tropas y víveres para continuar su camino.

Perdiendo mucho bagaje, superando grandes dificultades y después de muchos días de camino, llegó á la buscada provincia de Mazatcán y comenzó á tener allí noticia de pueblos de españoles que había en las costas y que debían ser de los que formaron parte de las expediciones de Olid y de Las Casas.

De la provincia de Mazatcán siguió el camino para la de Taica: los trabajos iban en aumento, porque ya la tropa estaba cansada; había muchos enfermos; setenta y ocho caballos habían muerto, la mayor parte de ellos despeñados, y los que quedaban, maltratados y flacos, apenas podían caminar.

Por todas esas provincias, que con tantas penalidades atravesaba aquella columna, el temor había cundido entre los naturales. Los españoles encontraban aban-

donadas las habitaciones y érales necesario andar en los bosques, como en persecución de las fieras, buscando algún indio que les diese noticia de los caminos y de los lugares donde podrían proveerse de víveres. Era ya aquello no una conquista, ni siquiera la marcha de un ejército beligerante, sino la lucha desesperada por la vida que sostenía un grupo de hombres extraviados en medio de un país desconocido, erizado de montañas, cortado por grandes ríos, sembrado de pantanosos lagos, y en donde la falta de víveres y algunas veces hasta de agua presentaba la muerte, con la sed y el hambre como único término de aquella empresa, acometida por la ignorancia y aconsejada por la ambición.

El mismo Cortés tenía necesidad de andar con un grupo de soldados durante las noches, para sorprender alguna descuidada población de donde proveer pudiera de bastimentos á los soldados.

Algunas veces encontraban maíz en abundancia, cacao y gallinas; pero por mucho que pudieran cargar de ellos, volvían las escaseces, se agotaban aquellos víveres y no tenían en muchas ocasiones, durante largos días, más alimento que los retoños tiernos de las palmas «y aun de estos se comían pocos, dice Cortés, porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos.»

De una en otra de aquellas desconocidas provincias, y teniendo siempre noticia de la proximidad de pueblos españoles, llegó Cortés hasta las inmediaciones de un gran río, en cuya opuesta margen, según supo, había uno de esos pueblos.

Como no tenía el Conquistador noticia de lo acon-

tecido á Olid y le creía vivo, alzado y poderoso, y sabía también que andaba por allí gente de Gil González de Ávila y aun quizá de Pedrarias Dávila, aproximóse con desconfianza al lugar en que estaban los españoles, por no tener seguridad de cuyos eran los soldados que en aquella márgen del río poblaban.

Para salir de esa duda mandó como exploradores á quince de los suyos á pié y con un guía, ordenándoles que ocultos y cuidando de no ser sentidos, en acecho estuviesen hasta informarse de quiénes eran y con quién habían venido aquellos pobladores.

Dos días permanecieron escondidos en la orilla del río los soldados de Cortés, hasta que consiguieron aprehender á cuatro españoles, que en una canoa andaban pescando, y les llevaron al campamento.

Cortés supo de aquellos prisioneros que la gente del pueblo era de la de Gil González de Ávila y que todos los pobladores estaban enfermos, miserables, hambrientos y sin esperanza de salir de aquella situación; despachó en seguida dos criados suyos á la villa, portadores de una carta en que notificaba su llegada á los vecinos y les rogaba enviasen barcas y canoas para pasar el río con todos los suyos, y se adelantó él mismo á esperar la contestación.

Tres días después, que bien los gastó el Conquistador en caminar desde su campamento al río, presentóse allí Diego Nieto, justicia del pueblo, trayendo una barca y una canoa. Atravesó Cortés en esa barca el río, no sin bastante peligro por haber hecho el viaje de noche y estar turbada la corriente con el viento, y ocupóse inmediatamente en buscar canoas, que atadas de dos en dos sirvieron para pasar toda la gente y los caballos, operación que duró seis días.

Los vecinos de aquel pueblo, que llamaban los españoles Nito, eran sesenta hombres y veinte mujeres que había dejado allí Gil González de Ávila. Aquella gente no tenía ni esperanzas de salvarse de la situación en que se encontraba; no habían podido proveerse de víveres sino escasamente y con grandes dificultades; estaban enfermos; no tenían armas sino en corto número, carecían de caballos, y, lo que era peor, desconociendo á tal punto la tierra, que no se atrevían á emprender una salida para abandonar aquel lugar, en donde sin la llegada de Cortés hubieran perecido todos ¹.

La expedición y los vecinos, sin embargo, nada habían ganado con reunirse; por el contrario, si la tierra podía apenas proveer á los pobladores de Nito, la columna que llegaba sin traer bastimentos aumentaba la necesidad.

Cortés envió en barcas y canoas expediciones en

busca de víveres, pero volvieron sin haber encontrado lo que deseaban.

Grave era ya la situación y remota la esperanza del remedio, cuando alcanzó á llegar allí casualmente un navío que iba de las islas y que traía treinta hombres fuera de la tripulación, trece caballos, setenta y tantos puercos, pan y carne salada. Cortés compró los bastimentos y el navío en cuatro mil pesos, y aprovechó para hacer un bergantín los conocimientos de uno de los hombres que habían llegado en esa embarcación.

Por unos indios prisioneros tuvo noticia Cortés de que no estaba lejos el pueblo de Naco, en donde murió Olid, y determinó enviar con Gonzalo de Sandoval á ese pueblo, por el camino de tierra, á toda la gente sana y útil, quedándose él con los enfermos y algunos de sus criados en Nito para embarcarse en el navío que había comprado y en la carabela y bergantín que se habían allí fabricado.

Partióse la gente que iba para Naco, y al ir á embarcarse Cortés con los que quedábase había, encontró que los bastimentos no eran suficientes para el camino y cualquiera retardo podía traer para ellos graves consecuencias.

No había por las inmediaciones lugar donde proveerse pudieran de víveres; pero el capitán que vino de las islas en la embarcación que compró Cortés dióle á éste noticia de que anteriormente, cuando Gil González había llegado por allí, descubrieron que subiendo la corriente del río como á seis días se encontraban dos golfos de agua dulce y en sus costas muchos pueblos abundantes en bastimentos.

Cortés, en la extrema necesidad en que se hallaba, acometió la empresa de buscar esos golfos en demanda de provisiones, sacó cuarenta españoles de los que más sanos estaban entre los que le habían quedado, y con ellos y cincuenta indios mexicanos embarcóse en el bergantín, llevando además dos barcas y cuatro canoas.

La expedición fué más feliz que lo que había sido el anterior camino: halló Cortés, sin gran trabajo, el primer golfo dulce; navegó por la costa y encontró la embocadura del río que al otro golfo conducía; entróse por ella, y al siguiente día por la mañana llegó al segundo, más grande y más hermoso que el anterior. Aquel golfo, según las expresiones de Cortés, «era una mar de más de treinta leguas, ceñida de ásperas y levantadas sierras, y por toda la costa sembradas poblaciones y cubiertos los campos de verdes y abundantes maizales.»

Desembarcóse con alguna gente, mantuviéronse los primeros días con maíz fresco, y encontraron abandonados pequeños pueblos y casas de labranza; pero caminando siempre con sigilo y cautelosamente, llegaron por fin á sorprender un pueblo grande y bien abastecido, que llamaban los naturales Chacujal, y en donde se proveyeron con abundancia de maíz seco, frijoles, cacao,

¹ Bernal Díaz dice que este pueblo es el San Gil de Buenavista. Cortés le llama Nito. En los planos más antiguos no se encuentra San Gil de Buenavista ni tampoco en el que trae Herrera en su descripción de las Indias, ni en el publicado por don Justo Zaragoza en la *Historia de Guatemala ó Recordación Florida* de don Antonio Fuentes y Guzmán.

ají ó chile, sal, gallinas, faisanes, perdices y cierta clase de perros que engordaban los indios para comer.

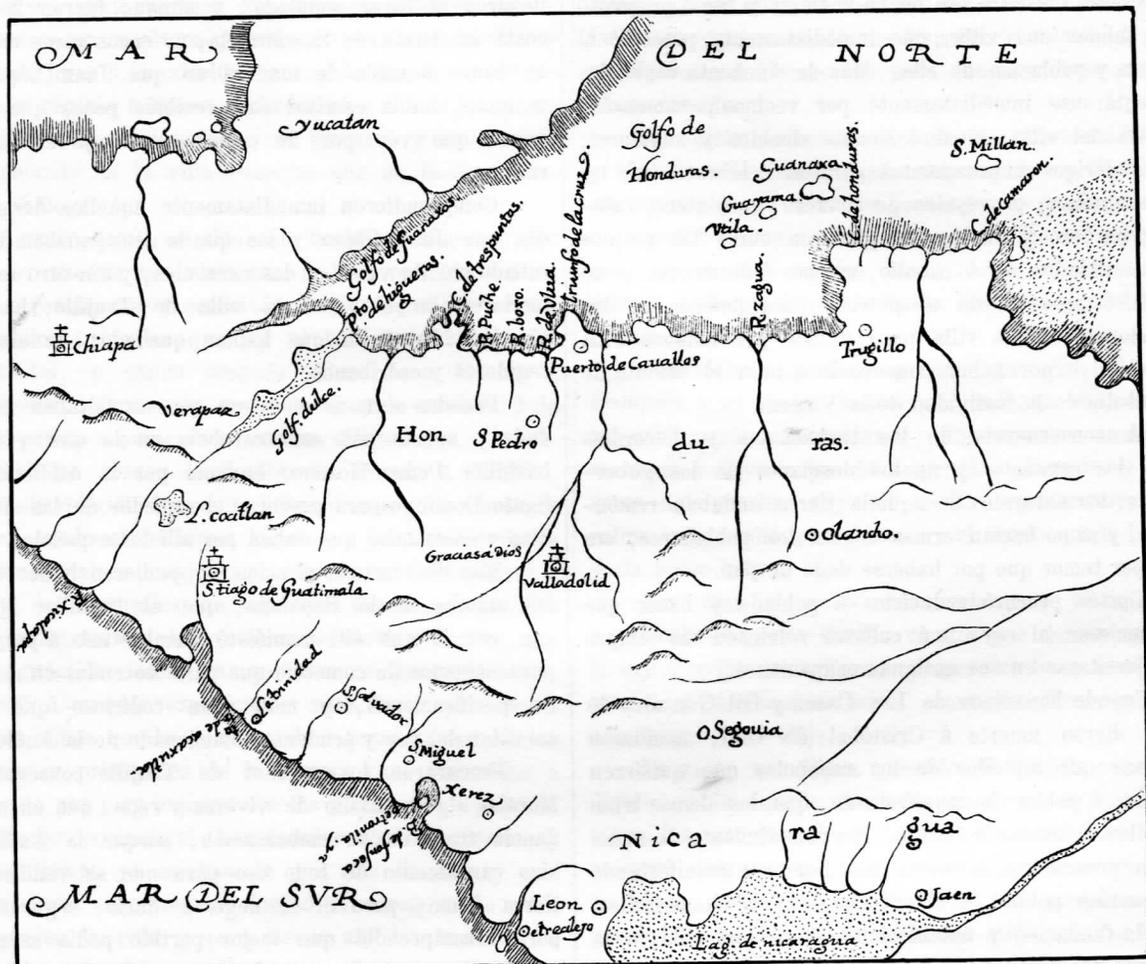
Dificultábase sólo llevar aquellas provisiones hasta la embarcación, por estar lejos del golfo; pero Cortés, mirando que no había indios que cargaran los bastimentos, determinó, después de haber consultado con los prisioneros que tenía, fabricar unas balsas y ponerlas á flote en un río que cerca del pueblo pasaba, y que según supo era tributario de otro mayor que desembocaba en el golfo.

Envió dos españoles que fuesen á la costa á buscar

el bergantín y las barcas, llevando instrucciones para que el bergantín llegase hasta la embocadura del río, y las canoas y las barcas, venciendo la corriente, procurasen llegar hasta donde él estaba.

Ocho días tardó la conclusión de las balsas y echáronse al agua, y se cargaron con los bastimentos á tiempo que volvieron los españoles que habían partido en busca del bergantín.

Gastaron cerca de seis días en subir con la canoa y la barca doce españoles, y no pudieron llegar hasta el punto en que se cargaban las balsas, porque tal era



Plano de las Hibueras. (Tomado de las *Décadas* de Herrera)

la violencia de la corriente, que la canoa más ligera quedó á una legua de distancia y la barca á cinco; informaron, además, los que llegaban, que en el camino habían tenido que pelear con los naturales del país y era probable que á la vuelta esperasen también al convoy, en mayor número, para cerrarle el paso.

Cuatro eran las balsas que se cargaron con los bastimentos; cada una llevaba cuarenta anegas de maíz y además frijol, ají, cacao y lo que cada uno de los españoles quería echar en ellas. Diez hombres tripulaban cada balsa, y Cortés se embarcó en la canoa con

dos ballesteros. Los que no cupieron en las embarcaciones se dirigieron por tierra á la costa.

Con gran peligro, por la velocidad de la corriente, llegó el convoy hasta el golfo, adonde el bergantín esperaba, y tres días después los que venían por tierra, de los cuales sólo un español faltaba, que murió envenenado por haber comido de unas hierbas que no conocía. Allí Cortés, por un prisionero que traían los españoles que vinieron por tierra, averiguó que estaba á sesenta y ocho ó setenta leguas de las costas del mar del Sur, en donde había gente de Pedro de Alvarado.

Provista ya de víveres la expedición, y lo que era más, sabiendo en dónde y con cuánta facilidad podían encontrarse, Cortés arregló el viaje de todos los que habían quedado en Nito, y bien provistos ya los navíos, embarcáronse en ellos Cortés, sus soldados y toda la gente que había dejado Gil González de Ávila, y haciéndose á la vela fueron á desembarcar en la bahía de San Andrés.

La tropa que desde antes había salido para Naco estaba ya en la costa esperando, y reuniéronse todos satisfechos y alegres de haber salvado de tan grandes y largas penalidades.

Cortés encontró tan buena la tierra y tan á propósito para fundar una villa, que inmediatamente procedió al asiento y población de ella. Más de cincuenta españoles presentáronse inmediatamente por vecinos; comenzóse la tala del sitio; nombró Cortés alcaldes y regidores; dióles clérigos y ornamentos para la celebración de los oficios divinos; proveyóles de herrero, carpintero, calafate, barbero y sastre, y quedaron entre los vecinos veinte soldados de á caballo, muchos ballesteros, y no les faltó ni artillería ni pólvora para defensa de los moradores. A esa villa puso Cortés por nombre "La Natividad," por haber comenzado á talar el asiento de ella el día de la Natividad de la Virgen.

A consecuencia de las turbaciones y discordias entre los españoles y de los desmanes de los gobernantes, los naturales de aquella tierra andaban remonitados, y si no hacían armas contra los pobladores, era más por temor que por haberse dado de paz.

Cortés procuró reducirlos á poblado y hacer que reconociesen al rey, y á cultivar volviesen sus campos y á ejercitarse en sus antiguas ocupaciones.

Cuando Francisco de Las Casas y Gil González de Ávila dieron muerte á Cristóbal de Olid, mandaron pregonar que aquellos de los españoles que quisieren quedarse á poblar lo manifestasen, que los demás irían con ellos á buscar á Cortés. En cumplimiento de aquel pregon presentáronse ciento diez hombres manifestando que querían poblar, y Francisco de Las Casas ordenó luego la fundación y establecimiento de una villa, á la que puso por nombre Trujillo, en recuerdo de su patria, nombrando por teniente y tesorero á Juan López de Aguirre; por alcalde y contador á Juan de Medina; á Lope de Mendoza por alcalde; por regidores á Alonso de Pareja, nombrado también tenedor de bienes de difuntos, á Sancho Esturiano, que además era veedor, á Antonio de la Torre y á Lope de Perea; procurador á Francisco de Muñana; escribano público y del Consejo á Juan de Torrequemada, y alguacil mayor á Francisco de Orvaneja, todos los cuales prestaron solemne juramento. Proveyóles Francisco de Las Casas de cuanto pudo y les ofreció que todo cuanto más necesitasen conseguiría que se lo enviase Cortés.

Salieron aquellos pobladores á buscar el asiento de

su villa y llegaron al puerto de Caballos, conforme á las órdenes de Francisco de Las Casas; pero á poco tiempo creyeron que era mejor pasarse á otro lugar en el Cabo de Honduras, y concertados en esto emprendieron el viaje por tierra, embarcando en una carabela de Alonso Rodríguez lo mejor que tenían de ropa y atavíos personales, de armas, herraje, pólvora y municiones, y entrando en dicha carabela el teniente Juan López de Mendoza y el escribano Juan de Torrequemada con algunos otros, aunque pocos, de los vecinos. Despidiéronse allí unos de los otros, conviniendo en reunirse en el Cabo de Honduras; pero los que iban por tierra llegaron al lugar señalado, y aunque fueron hasta la costa en busca de la carabela, no encontraron más que un banco ó tabla de madera en que Juan López, el teniente, había escrito: "no recibais penas que presto verné que voy por de comer," y abajo su firma y rúbrica.

Comprendieron inmediatamente aquellos desgraciados que Juan López y los que le acompañaban habían robado cuanto venía en las carabelas, y sin otro arbitrio fundaron en el Cabo la villa de Trujillo, haciendo elección, entre los que habían quedado, de alcaldes, regidores y escribanos.

Pasados algunos días, en que no faltaban necesidades, aportó allí una carabela en la que venía el bachiller Pedro Moreno, enviado por la Audiencia de Santo Domingo para procurar el remedio de las discordias y escándalos que daban por allí los españoles.

Más desacertada elección no pudieron haber tenido los oidores de la Española; que el bachiller Moreno era, por lo que allí manifestó, hombre más á propósito para negocios de comercio que para entender en asuntos de pacificaciones, y más gran codicioso que buen servidor del rey y prudente comisionado de la Audiencia.

Procuraron los vecinos de Trujillo conseguir de Moreno algún auxilio de víveres y ropa, que en abundancia traía en su embarcación, porque la Audiencia hizo cargamento de todo eso para que se vendiera en tierra firme; pero él se negó á darlo, seguramente porque comprendió que mejor partido podía sacar de aquel cargamento con venderlo en otra parte que con dar auxilios á los vecinos de Trujillo que carecían de dinero para pagar.

En vano instaron Juan de Medina, el alcalde, y Alonso de Pareja y Sancho Esturiano, representando al bachiller Moreno la necesidad que los vecinos tenían de bastimentos, de armas y de herraje; á todo resistió el bachiller diciéndoles que no era su padre, ni había venido á remediarles; inútilmente ofrecieron su garantía hasta por diez mil pesos Diego de Aguilar y Gaspar Troche, que en la carabela venían y á quienes como abonados para mayor fianza conocía el bachiller.

Acompañaba al bachiller Moreno en la carabela Juan Ruano, grande amigo suyo y uno de los que más

habían influido en el ánimo de Olid para levantarse contra Cortés, y que desde el principio manifestó deseos de quedarse como capitán y justicia mayor de Trujillo. Los alcaldes de la villa hablaron con Ruano pidiéndole que se quedase por su capitán y que les consiguiese bastimentos y lo demás que necesitaban y traía el bachiller Moreno. Juan Ruano contestó que hablasen con el bachiller; así lo hicieron ellos, y éste saltó á tierra con gente armada para arreglar, según dijo, todas las cosas de la villa.

Una vez llegado á Trujillo, Moreno hizo á Ruano por capitán, vendió víveres, armas y herraje al precio que quiso, envió algunas expediciones á tomar indios, que herró por esclavos y embarcó en la carabela, y haciendo jurar á los alcaldes y regidores que conservarían por capitán á Ruano y obedecerían las órdenes que el mismo Moreno les diese, se embarcó y se dió á la vela dejando en la villa discordia que no había encontrado al llegar ¹

Apenas había partido el bachiller Moreno, los vecinos, que de tan mala gana habían recibido á Juan Ruano, reuniéronse y concertáronse para que volvieran á sus oficios todos los que por el bachiller habían sido destituídos, y dando después sobre Juan Ruano le prendieron, y preso le enviaron en una carabela á la isla Española á presentarse con los oidores.

Así las cosas, llegó Hernán Cortés á Trujillo, hicieronle relación de cuanto había pasado y de cómo por haber herrado el bachiller Moreno, y llevándose esclavos á tantos hombres, mujeres y niños, estaban fugitivos y ocultos los naturales de aquellas tierras, y grandes necesidades sufrían los vecinos españoles. Cortés, que larga práctica tenía ya en asuntos de pacificación, comenzó á mandar expediciones para hacer prisioneros algunos indios que le sirviesen de intermediarios con los caciques y principales de la tierra, para reducirles á volver de paz y en amistad con los pobladores españoles.

Mucho consiguió el Conquistador con ese sistema, y á poco tiempo ya estaban de paz más de diez y seis señoríos que con buena voluntad enviaron gente para trabajar en la villa y para llevar allí los bastimentos necesarios.

Cortés, con los navíos que había traído y otro que compró allí mismo, comenzó á proveer la villa y á escribir tanto á los gobernadores que había dejado en Nueva España, como al rey, á algunos señores de la corte y á varias personas de las islas. Así, salieron un navío para la Nueva España, otro para Jamaica y otro para la Trinidad á buscar bastimentos, armas, caballos y otras cosas para surtir las villas que se estaban poblando en las costas del golfo de Honduras.

Uno de estos navíos despachado para la Trinidad,

¹ Información hecha por orden de Hernán Cortés sobre excesos cometidos en la villa de Trujillo por el bachiller P. Moreno.— *Documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo II, pág. 127.

volvió llevando á Cortés una carta del licenciado Zuazo que había quedado en México como teniente gobernador, y que á esa sazón se encontraba en la isla de Cuba, desterrado de la Nueva España.

Grande fué el asombro de Cortés y profundo su disgusto al saber, por la carta de Zuazo, como aquellos disturbios de que noticia tuvo en Goatzacoalcos y motivaron la vuelta del factor y del veedor á México, habían tomado tan grave carácter, que convirtiéndose casi en una rebelión amenazaba ser causa de que se perdiera la tierra para España. Pocos días después llegó otro navío llevando á Cortés nuevas cartas del licenciado Zuazo, y con ellas nuevas noticias del mal camino que las cosas seguían en Nueva España, y redobladas recomendaciones del licenciado para que se pusiese pronto y eficaz remedio.

Inmediatamente determinó Cortés volverse á México, y abandonando cuanto tenía emprendido en Trujillo, y sin atender á que la mayor parte de sus gentes andaban en expediciones por el interior de la tierra, y no más con unos cuantos criados de su casa, embarcóse en el mismo navío que llevádole había las últimas misivas del licenciado Zuazo.

Convidábale para emprender el viaje la mar tranquila y el viento fresco que hinchaba las velas de la embarcación. Levantaron diligentes las anclas los marinos, y á punto ya de emprender el camino y separarse del puerto, cayó el viento repentinamente, la calma se extendió por el mar, y el navío quedó inmóvil y sin poder salir.

Dos días estuvo Cortés embarcado y esperando impaciente la vuelta de los vientos que debían empujar la embarcación para Veracruz; pero el buen tiempo no volvió, y sí llegaron otros acontecimientos que más estorbaron aquel viaje.

La gente que había quedado en Trujillo comenzó á dividirse; de aquella discordia nacieron algunos alborotos; los naturales de la tierra, aún no curados de los antiguos disgustos y quizá animados por aquel ejemplo, empezaron á sublevarse, y Cortés, ó bien porque creyese que todo aquello podía tener fatales consecuencias ó bien por aprovechar en la pacificación y arreglo de la tierra los días que perdiendo estaba en espera de mejor tiempo para darse á la vela, tornó á desembarcarse, y sin graves dificultades puso remedio á los males que tan rápidamente se habían comenzado á presentar.

Volvió el tiempo favorable, y sin detenerse más embarcóse Cortés, se dió á la vela la embarcación, y el Conquistador, impaciente por volver á la Nueva España, emprendió su viaje.

Dos leguas habían caminado apenas cuando la entena mayor se quebró repentinamente, la nave no pudo caminar y les fué forzoso volver al puerto por segunda vez.

Tres días tardaron en adobar la entena, y volvió

Cortés á embarcarse y volvió á salir del puerto creciendo su impaciencia á medida que crecían las dificultades.

Caminaron cincuenta leguas con muy buen tiempo durante dos días y dos noches, y ya creía Cortés que había salido de todas las dificultades, cuando desencajenándose un viento del norte, levantóse tan recio temporal que con grandes peligros pudieron apenas para salvarse volver al puerto de Trujillo por tercera vez.

Aquello pareció un aviso del cielo, una advertencia de la voluntad divina que se oponía al viaje, y Cortés, á pesar de que no estaba sujeto á vulgares preocupaciones, participando mucho, sin embargo, del espíritu de su siglo, juzgó que Dios no quería que volviese á Nueva España por entonces, supuesto que tres veces había tenido que suspender su marcha, y en cada una con más expresa muestra de que no debía seguir adelante.

Desembarcó en Trujillo, hizo decir misas, hacer funciones de iglesia y procesiones, y acordó enviar su poder y el nombramiento de teniente gobernador á Francisco de Las Casas, de quien sabía que era ya llegado á Nueva España, creyendo que esto sería bastante para ordenar allá las cosas, y él, supuesto que Dios no quería que fuese por la mar, dispuso emprender con las tropas el camino, siguiendo las costas de la mar del Sur hasta llegar á Guatemala, en donde estaba Pedro de Alvarado.

Con esta resolución quedóse en Trujillo y embarcóse su comisionado Martín Dorantes, hombre diligente y de quien podía fiarse en cualquier negocio de importancia, llevando cartas y poderes para Pedro de Alvarado y para Francisco de Las Casas.

Llególe por este tiempo á Cortés la noticia de que otro de los navíos enviados á las islas había naufragado, ahogándose casi todos los que en él iban, entre ellos Juan de Avalos, pariente de Cortés, y dos frailes franciscanos. Los que lograron salvarse, entraron en unos bosques de tierras para ellos desconocidas, y allí murieron de hambre casi todos, de manera que de ochenta personas que en ese navío iban sólo ocho sobrevivieron á la catástrofe.

Los disgustos, los grandes trabajos que había sufrido y quizá hasta la influencia del clima, produjeron á Cortés una peligrosa enfermedad. Predispuesto sin duda por la debilidad consiguiente á las hambres y fatigas del camino, contrajo una fiebre intermitente, de la que tan grave llegó á verse, que estuvo á punto de morir, y á tal estado de postración le llevó, que apenas podía caminar á caballo, y estaba, al decir de los que entonces le vieron, completamente inconocible por demacrado y pálido.

Gonzalo de Sandoval, que andaba separado de Hernán Cortés y en el interior de la tierra en conquistas y pacificaciones, sabedor de lo que en Nueva España pasaba, llegó á Trujillo para hablar con Cortés y obligarle á volverse cuanto antes á México.

Cada día llegaban á Trujillo más noticias de México pintando más negra la situación de la Nueva España. Desesperábase Cortés y urgíanle para que se embarcase Gonzal: de Sandoval, Pedro de Saucedo y fray Juan de Barillas; pero el Conquistador, preocupado con los acontecimientos de su primer intento de viaje, negábase á salir, pretextando que antes quería dejar en arreglo todas las cosas de aquella tierra.

Por fin, cansado Sandoval de su inútil esfuerzo y teniendo también noticia de que gente de Pedrías Dávila había entrado en son de guerra por aquellas provincias, de acuerdo con Cortés salió para Olancho, pueblo apartado de allí cincuenta y cinco leguas, adonde había llegado el capitán Rojas con la gente de Pedrías Dávila.

Pocos días después de haber salido de Trujillo Gonzalo de Sandoval y haber quedado Cortés en espera de nuevas de las cosas de México, llegó á las playas de Honduras un navío conduciendo á fray Diego de Almirano, enviado por los frailes franciscanos de México en busca de Cortés y encargado de rogarle que cuanto antes se volviese para la Nueva España.

Desembarcó fray Diego con una gran comitiva, presentóse á Cortés, dióse á reconocer con él como su pariente, y después de haber ido todos á la iglesia á dar gracias á Dios, los unos por el feliz término de su viaje y los otros por la llegada de tan importantes noticias, tratóse de disponer el regreso para Nueva España de Hernán Cortés.

Fué, ante todo, necesario avisar á Gonzalo de Sandoval que andaba en Olancho y había conseguido hacer paces y amistades con el capitán Rojas.

Sandoval, tan pronto como supo que Cortés estaba determinado á marchar, tuvo grandísima satisfacción, y sin perder un instante y caminando día y noche y remudando caballos, llegó á Trujillo con extraordinaria rapidez.

Luego que llegó Sandoval ordenó Cortés que el capitán Marín se fuese por el camino de Guatemala con los españoles que habían venido á la conquista de las Hibueras; que el capitán Godoy, que estaba en el puerto de Caballos, se pasase á Naco con toda su gente y que quedase por teniente de aquella provincia Hernando de Saavedra, á quien dejó instrucciones para el buen gobierno y orden de toda la tierra y de las dos villas de la Natividad y Trujillo.

Confesóse con fray Juan de Barillas y recibió devotamente la comunión, porque según estaba de enfermo temía morir en el camino; y embarcándose con sus amigos y servidumbre y acompañado de otros dos navíos, en que iban también otros muchos españoles de los que con él vinieron á la expedición, con buen viento y mejores esperanzas, se dió á la vela saliendo de la villa de Trujillo el 25 de abril de 1526.

Pero no habían terminado todavía las dificultades

y obstáculos que se presentaban á Cortés para arribar á las costas de aquella Nueva España por él tan fácilmente abandonada, y que después parecía estarle cerrada para siempre.

Llegaban ya los navíos, según el cálculo de los pilotos, á ciento treinta leguas de Medellín; Cortés se creía ya en salvo y pisando las playas de Veracruz, cuando se levantó una tormenta y soplaron los vientos del norte con terrible violencia.

El temor de que los navíos se estrellaran sobre las rocas y la dificultad de caminar contra aquel huracán, hizo que cambiaran de ruta las embarcaciones, y que en vez de llegar á las costas de México, arribaran al puerto de la Habana.

No pudiendo ya contrariar al destino, que parecía empeñado en apartar á Cortés de Nueva España, el Conquistador y los que le acompañaban desembarcaron en la isla de Cuba resueltos á esperar allí mejor tiempo.

Los vecinos recibieron a Cortés con grandes agasajos y con muestras de satisfacción, y alojáronle lo mejor que pudieron en aquella isla, de donde había salido casi como un pirata y huyendo de Diego Velázquez, el año de 1519, y adonde volvía por primera vez, después de siete años de ausencia, cubierto de gloria, conquistador de tantos reinos y gobernador y capitán general de la colonia más extensa y rica que tenía en aquellos momentos España.

Al otro día de la entrada de Cortés á la Habana llegó un navío, y al siguiente otro, y otro más al tercero, y las noticias que por ellos se tuvieron sosegaron el ánimo de Cortés y decidieronle á esperar en la Habana algunos días, tanto en expectativa de mejor tiempo, como para comprar, como lo hizo, otros dos navíos y llevar en ellos á Nueva España algunos víveres y algunos pobladores que de las islas deseaban pasar al continente.

Tal fué el término de la famosa expedición á las Hibueras. Impulsado Cortés á emprenderla por el deseo de impedir la entrada en aquellas provincias de la gente de Pedrías Dávila y estimulado luego por el empeño de castigar á Cristóbal de Olid, precipitóse en la ejecución imprudentemente y sufrió los terribles resultados de la falta de meditación para aventurar la campaña.

No puede culpársele de no haber esperado noticias del éxito que obtenido había Francisco de Las Casas,

porque el tiempo que transcurría sin que esas noticias llegaran, hacía suponer cuerdamente que Las Casas había perecido ó estaba prisionero con Olid ó al menos había inútilmente emprendido su marcha; pero si fué poco diestro en materias políticas y de guerra el Conquistador al abrir la campaña sin tener conocimientos, siquiera ligeros, de las tierras por donde iba á caminar, de las rutas que debía seguir, de la clase de obstáculos que estaba obligado á vencer y de los recursos conque podía contar.

Además, conocía el carácter inquieto y turbulento de los pobladores de México, y sobre todo comprendía cuán activo elemento de discordia había entrado en la Nueva España con la llegada de los oficiales reales, y que alejándose él de la capital las perturbaciones debían ser grandes y frecuentes.

Todos los amigos de Cortés y aun muchos que no lo eran, pero que temían por la quietud de la Nueva España, se opusieron á la expedición; el rey encargó que no se emprendiese y el mismo Cortés ocultó su intento cuidadosamente.

El resultado fué el que era de esperarse. Estéril sacrificio de vidas de hombres y de recursos para atravesar extensas provincias, que no quedaron sometidas ni siquiera exploradas; infructuosa presencia de Cortés en villas más ó menos bien asentadas, pero pobladas ya por españoles; reconocimientos y combates en tierras que había de abandonar poco tiempo después de haber llegado, y en la Nueva España, las discordias, las perturbaciones, la guerra civil, el despojo de unos españoles por los otros, las persecuciones, los patibulos, la tiranía; en una palabra, el desorden más completo.

Desde el día en que Cortés salió de México para las Hibueras empieza á contarse una nueva era en la vida del Conquistador y en la de la colonia. Hasta ese día Cortés fué el gobernante y el único gobernador de la Nueva España, con facultades discrecionales y respetado ó temido por todos; desde ese día el poder público comenzó á estar al alcance de cualquier intrigante audaz; Cortés estuvo sujeto á las alternativas del poder y de la desgracia; bajó del pedestal de admiración y de prestigio en que le miraban colocado hasta sus mismos enemigos, y el germen de las revoluciones brotó por la primera vez poniendo en peligro la existencia de la colonia y la obra de la conquista de los españoles.